

México en dos tiempos

Salvador Rueda Smithers*

Gerardo Antonio Galindo Peláez, Hubonor Ayala Flores y Ricardo Teodoro Alejandre (coords.), *México en dos tiempos: 1521-1821*, México, Gobierno del Estado de Veracruz / Universidad Veracruzana / Universidad Cristóbal Colón / Colegio Universitario Las Américas / Mar Adentro / Citibanamex, 2021, 138 pp.

Se trata de un libro colectivo que reúne a once voces eruditas que aportan visiones frescas, autorizadas y actualizadas en sus 10 capítulos. El cuerpo del libro, nos anuncian los seis breves mensajes de *Presentación*, se construyó con propósitos conmemorativos en los que destacan valores cívicos vigentes, como la justicia social —tarea siempre inacabada—, solidaridad, difusión del conocimiento y aproximación a la verdad. No debe extrañar que ello descansa en un libro cuyo motor es la memoria:

conmemorar, escribió el historiador francés Georges Duby, tiene una función inapelable: devolver la confianza colectiva a las sociedades.

El título es exacto, puntual: se trata del dibujo de dos instantáneas y de la explicación de los segundos planos, aquellos que dan contexto y circunstancia a los actos hasta ahora considerados trascendentes y a sus protagonistas principales. Y cada uno de los diez ensayos capitulares se escribió con absoluta libertad de pensamiento, poniendo sobre la mesa aspectos como la revaloración de hechos y personajes, el debate político acerca de decisiones y contenidos, asumiendo posturas críticas ante las versiones oficiales de larga data —heredadas de los siglos XIX y XX— cargadas de maniqueísmo, hasta aquellas académicas y arraigadas en fuentes indiscutibles, pero cuyas lecturas modernas desvelan los juicios y prejuicios de historiadores antañones. En un par de capítulos se ponen en primer plano a personajes que ocupaban la segunda fila de la historia, y en otros dos se explica la eficacia de la imagen en las maneras de

concebir a las mujeres y a los hombres del pasado —por dos vías distintas, y con cargas simbólicas diferentes: los libros de texto y el cine—. A su vez, en cada capítulo se apuesta por un diseño que lleva a las imágenes a lecturas paralelas, y notaremos que George Kubler no ha perdido vigencia: la repetición de imágenes y estereotipos, muchos de ellos divulgados en libros y museos, le dan “forma al tiempo”. Los rostros de nuestros ancestros se han vuelto familiares y son la forma de su tiempo.

Desde la “Introducción” se anuncia el equilibrio buscado en esta edición. La mitad de los textos cubren el primer momento, el de 1521, y sus efectos a largo plazo en la geografía, la biología, las mentalidades, las instituciones y la demografía en lo que desde entonces se llamaría la Nueva España. La medianía complementaria inicia con los sucesos de 1821, particularmente con los extraños alcances del nudo gordiano —ese que valía tanto cortar que desanudar— que constituyeron los Tratados de Córdoba y las equivocadas decisiones en las Cortes españolas, la invención de una nación, y cierra con la explicación del peso de

* Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, INAH.

las representaciones en el imaginario colectivo.

Dos capítulos dejó aparte para reflexionar en torno a ellos al final. Se trata de los que ofrecen perfiles de dos mujeres: Malintzin o Malinche para el primer bloque, y Leona Vicario para el segundo. De manera alemana, quedan las figuras de Eréndira Ikikunari y Gertrudis Bocanegra, aunque con su carácter ficticio.

El primer capítulo es de Rodrigo Martínez Baracs, erudito historiador que ha develado por años sus esfuerzos para entender y explicar los efectos del brutal choque de dos civilizaciones extremas que nunca debieron juntarse —para robar la espléndida idea al escritor colombiano Pablo Montoya—. Rodrigo Martínez refiere a la conquista como una verdadera revolución, cuyas interpretaciones victimizadoras han llevado al descargo de culpabilidades y resentimientos que han ido desde el añoso “trauma de la conquista” hasta las sin razones moderna. Explica que el proceso de conquista no se consumió el 13 de agosto de 1521 sino que sería un punto de inflexión de un proceso de largo aliento que lo mismo destruyó, que afianzó, que sustituyó y que construyó. El efecto histórico fue de proporciones planetarias: diez mil años de separación de grupos humanos y de sus formas de alimentarse, de agruparse, de guerrear con las tecnologías que les eran suficientes para vivir se rompieron, dando inicio a una etapa que transformó hábitats y civilizaciones. Repasa formas de organización social y de asentamientos humanos, y la adaptación de los pobladores indígenas a las

instituciones de gobierno y maneras de pensar del gobierno que asumía al cristianismo como adjetivo de una práctica política basada en la razón de Estado, y la sorprendente sobrevivencia de los vitales gobiernos indios.

Sara Ladrón de Guevara llama la atención al lector para reflexionar sobre la raíz del concepto de *identidad*, de la construcción del discurso antropológico y de las dificultades que plantea al conocimiento de la realidad cuando se asume la “otredad” en los horizontes de la desigualdad —e inferioridad intrínseca— del “otro”, del distinto. Su texto historiza las maneras de concebir la otredad y desvela las cargas ideológicas que ha tenido a lo largo del tiempo. No sin sentido: no trata de hacer una crítica al maniqueísmo que ha sido azote de la inteligencia ayer y ahora, sino que lo aterriza en el proceso asombroso del leerse unos a otros durante la conquista. Y la manera como se adaptaron esas lecturas nos han llevado a la igualdad —meta buscada e inacabada desde la Revolución francesa—, al presente. De la curiosidad de Cortés y Moctezuma a la sorpresa del levantamiento zapatista de Chiapas hay una filiación que los antropólogos han dibujado, una línea genealógica que no se ha perdido ni resuelto.

Fernanda Núñez Becerra propone interpretar el papel de la Malinche entre los discursos de los cronistas y los historiadores de los últimos cinco siglos. Cargados de valores que en primera instancia descansan en la descalificación hacia la mujer —y no sólo por la cultura cristiana occidental—, la Ma-

linche ha querido ser explicada y denostada, sin siquiera poder acercarse con firmeza a la realidad de la joven indígena protagonista de la conquista. Desfilan los cronistas y los polígrafos, desde Bernal Díaz del Castillo hasta Bartolomé de las Casas, para intuir el origen oscuro de la traductora de Cortés. La perfilaron como cacica y como heroína comprensible a los lectores barrocos por derivar de los modelos de la literatura medieval y renacentista. Siguió la Malinche barroca del cronista texcocano Ixtlilixóchitl, no menos fantasiosa y cosificada. Sería hasta la edición decimonónica de William Prescott y los románticos del “buen salvaje” que asume un perfil que le da protagonismo desde Chateaubriand a Fennimore Cooper, Walter Scott y Gertrudis Gómez de Avellaneda, entre otros. Importará al lector atender la propuesta de Fernanda Núñez sobre la distinción entre literatura e historia —que yo entendería más bien como novela e historia, si pensamos que la historiografía no es más que un género literario—, pues en mi opinión da en el clavo a las interpretaciones secularizadas de los herederos arruinados del romanticismo que somos hoy —para copiar la frase a Kenneth Clark—. La heroína romántica llegó a extremos del racismo finisecular decimonónico cuando se hispaniza a la Malinche al mismo tiempo que la pintura y la fotografía blanquearon a Porfirio Díaz. Y también la literatura rosa hizo sus estragos: en una revista femenina la Malinche fue traidora a su pueblo por amor a Cortés. En eso se seguía un estereotipo de más larga data, si el lector amarra la es-

pléndida explicación de Fernanda Núñez con la de Celia del Palacio Montiel y los sinsabores de Leona Vicario, entre 1828 y 1832, al escamotearle su papel como insurgente y tan sólo convertirla en amorosa acompañante de un rebelde. El ensayo de Núñez llega hasta nuestra propia piel y nos confronta al ya tradicional *Labyrintho de la soledad* (que ahora es sólo una pieza literaria) hasta los estudios subalternos y las interpretaciones políticas de ciertas corrientes feministas; y más debajo de nuestra piel, al señalar a los académicos el problemático paso de la oralidad a la escritura como drama de las fuentes en náhuatl. Señala que son construcciones que olvidan las intermediaciones del traductor y que alejan de la realidad: están “atrapadas en la interpretación universitaria”. Duele, como sólo puede doler el sueño de la razón.

María del Carmen Martínez habla de los hombres de Veracruz. No sin propósito en esta obra —al igual que el ensayo que le sigue, de Juan Manuel Herrera— se tiene en mente que Veracruz fue la puerta de entrada primigenia y principal a la Nueva España, tanto como fue la última en cerrarse al nacer México como país independiente. La autora centra su atención en los fundadores del cabildo de Veracruz y deriva a lo que en otro trabajo titulé “La punta del hilo”, esto es, las distintas suertes que tuvieron los protagonistas de la conquista. Sintetiza un amplio conocimiento del tema en pocos pero esclarecedores momentos y, de paso, explica el papel que tuvieron aquellos primeros gobernantes del ayuntamiento ini-

cial en lo que hoy es México: regidores y procuradores, y sus tareas poco vistas pero imprescindibles para dar legalidad a los actos de gobierno español en tierras por ganar. Los conquistadores no eran aventureros por ociosidad; de hecho, apostaban para ganar en la empresa que dirigía Cortés —y que algunos de ellos encabezaron pocos años después de la caída de Tenochtitlan—. Empresarios ellos, su retribución y ganancia pasaría por la aceptación del monarca español. Los destinos finales de Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval (en su momento fundadores del cabildo de la Villa Rica de la Veracruz), los Montejo y un buen número de artesanos (algún herrero, por ejemplo) desfilan en el breve pero delicioso texto de la historiadora Martínez, que recorre expectativas de descubrimientos y conquistas en mares y tierras ignotas, marcadas en mapas que casi nunca existieron. Sorprenderá al lector la fragilidad de la suerte de todos ellos. Como en todo tiempo y lugar, y para la mayoría de los seres humanos, la fortuna es avara y tiene horizontes estrechos.

El ser humano no es una especie sedentaria, afirmó en algún lugar Fernand Braudel. Pero ha tenido ritmos marcados por la historia. Juan Manuel Herrera ofrece una descripción de la nueva realidad que abrió con mayor plenitud el siglo XVI: la migración en el marco del proceso de movimientos demográficos mundiales. Al ser la Nueva España el puente americano entre Europa y Asia, una reflexión en torno a este fenómeno y sus instituciones reguladoras hace de este texto una lectura pertinente. Sus efectos

serán estructurales en la biología, en las instituciones políticas y en la cultura hasta el presente. Las navegaciones de Cádiz a Cuba y luego a Veracruz y a partir de 1565 —y hasta 1814— hacia Filipinas con la Nao de Manila, dieron fama a la armada española y a los ricos cargamentos que comerciaban productos y traficaban hombres por gran parte del planeta. En particular, la explicación del historiador Herrera se dirige hacia la integración de la sociedad novohispana y sus flujos migratorios desde el siglo XVI. Aunque no sin imperfecciones en su control, la migración estuvo regulada en sus puntos de salida y llegada portuarias. Delinea, también, el papel de la Casa de Contratación y el Consejo de Indias, que a partir de 1519 se volvería una institución enorme tanto por su importancia económica como por el peso político y ventajas para la monarquía y las élites comerciales, pues concentró las decisiones en torno a lo que tuviera que salir o entrar desde Cádiz a Veracruz. Entre sus funciones estaría la vigilancia a los hombres y mujeres que se embarcaban: revisaban origen, antecedentes religiosos y penales —con la Inquisición en un punto estratégico— y motivos del viaje. En este sentido, lo legal y lo ilegal era rigurosamente establecido en sus puntos aduanales. También canalizaron los flujos colonizadores, sobre todo cuando la institución encomendera llegó a su punto final en la segunda mitad del siglo XVI. Por lo que toca a las poblaciones nuevas, junto con los europeos —mayoritariamente españoles— llegaron esclavos y sirvientes africanos; entre 1533 y 1544 sumarían 4600, y hacia final del siglo, en un solo año

llegaron 5 000 —luego que las Leyes Nuevas prohibieran la esclavitud indígena. Entre 1580 y 1640 llegaron 250 000 a 300 000 esclavos africanos por Veracruz. Como contraste, hacia 1570 llegaron por el Pacífico 14 esclavos orientales, aunque el mundo multiétnico novohispano registraría la llegada de muchos más “chinos” libres —esto es, orientales de varias regiones— que se dedicarían a diversos oficios. Importancia da Herrera a la relación de las posesiones portuguesas y la trata de esclavos asiáticos, que llegarían a unos 15 000 en el siglo XVII. Detrás, lo sabemos, está la sociedad estamental del virreinato novohispano. Y también detrás, los múltiples intentos por terminar con la esclavitud y la división de castas que motivó la Independencia.

Y con ello entramos a la segunda parte del libro. Comienza con el ensayo de Ricardo Teodoro Alejandro sobre la pertinencia y legitimidad de los Tratados de Córdoba. El título es sugerente: señala al nudo gordiano y a la leyenda de su solución con Alejandro Magno: mejor cortar que desanudar. La descripción del contexto político español resulta más que pertinente para el lector mexicano. Los ritmos de discusión en las Cortes españolas, el debate y equilibrios buscados en el momento de la agonía del absolutismo como forma de gobierno, el paso de los días como tiempo precioso —y a la postre desperdiciado— al jerarquizar los asuntos a discutir por las urgencias del momento, entre otras vicisitudes más, muestran la arritmia que con respecto a los sucesos en Nueva España y en Sudamérica apremiaban en lo que a partir de la segunda mitad

de 1821 se volverían historias separadas. El historiador Teodoro Alejandro da puntual signo a la política como pasión —que tocará Carmen Blázquez en el ensayo que le sigue— durante el ocaso novohispano. La premura marcó los actos del jefe político Juan O'Donjú; también su convicción antiabsolutista: firmó con Agustín de Iturbide —buscando desanudar sin romper— los Tratados de Córdoba en puntos que a las Cortes y al monarca le parecieron extralimitados y, por tanto, le fue desconocida su legitimidad... casi seis meses después de la consumación de la Independencia mexicana y de la muerte del mismo O'Donjú. El efecto en México fue más largo: al no establecer con absoluta claridad la forma de gobierno o la asunción del monarca al mismo de un México autónomo, Iturbide subió al trono Imperial y desconoció al Congreso. No por mucho tiempo: el triunfo republicano haría del imperio un tiempo espurio y de los Tratados de Córdoba un documento inválido. Nació así, con crudeza, México.

Carmen Blázquez explica el siguiente episodio, que puede resumirse como el de los trabajos para imaginar al gobierno de México. De la felicidad del 27 de septiembre de 1821 se pasó, casi sin parpadear, a la descomposición política y a la multitud de rebeliones y confusiones que siguieron a lo largo de casi medio siglo. La depresión económica y las heridas de guerra que no cerró la unión trigarante, marcaron los debates e interfaces entre el imperio y la primera república, momento apasionado y en realidad caótico que sintetiza la historiadora Blázquez. Otra vez, el sueño de

la razón produjo un monstruo: el de la ausencia de claridad mental en torno a un modelo político aceptado. Nueva España no quería dejar de ser como había sido.

Celia del Palacio nos ofrece el perfil de otra protagonista asediada: Leona Vicario. Autora de una novela titulada *Leona*, aterriza en la biografía con certeza y claridad. Ofrece una versión sintética de la semblanza de esta extraordinaria mujer, basada —me parece— en la biografía primigenia e indispensable que hiciera el zacatecano Genaro García, publicada en 1910. Pero el centro de su argumentación histórica es el ataque que doña Leona Vicario sufrió en la prensa entre 1828 y comienzos de la década siguiente. Detrás de alguna malquerencia personal estaba también el golpeteo político de antiguos realistas y algún correligionario insurgente ahora separados por las militancias de la hora en las logias masónicas. Al igual que a la Malinche en la literatura finisecular, se quiso restar mérito como insurgente pundonorosa para volverla sentimental seguidora de su esposo, Andrés Quintana Roo. No adelantaré más al lector, que disfrutará de la fuerza de doña Leona tanto como el relato de la escritora Del Palacio. Y tal vez sintamos que la reivindicación actual ha sido muy tibia, para los méritos reales de esta verdadera heroína.

Arriba dije que destacaría mi lectura de los textos, el de Fernanda Núñez y el de Celia del Palacio sobre dos mujeres protagonistas de la historia. Debo decir que es uno de las sorpresas agradables de este libro: no son los hombres los que vuelven a poblar con sus biografías

las páginas de una obra de historias. Son dos mujeres. Y eso me permite apuntar que este libro se abre al futuro. Porque estoy convencido de que la siguiente revolución será estructural y profunda: será la revolución de la verdadera igualdad de la mujer y del hombre. Y las protagonistas tendrán perfiles femeninos. La obra aquí reseñada prefigura ese futuro, sin duda.

Quisiera terminar con una breve reflexión: el libro se ubica en dos tiempos de conflicto y ruptura; tiempos que serían trasbordos de la historia, para usar la idea de León Felipe, en los que se abrió la

caja de Pandora y arrastró a millares de seres humanos. En ambos momentos salieron todos los bienes y todos los males del mundo, desde las catástrofes epidémicas hasta las conquistas y guerras civiles. También dejaron su huella en transformaciones sociales y culturales, en invenciones de leyes y formas de gobierno que son cimiento de la realidad mexicana actual. No pocas de esas marcas cargan con un sello idiosincrático particular, ése que tanto ha preocupado a los mexicanos pero, como notó Luis Cardoza y Aragón que veía nuestros cielos míticos más

allá del Suchiate, nos hace únicos, esto es, ser mexicanos.

Dos veces abrió la caja de Pandora en este *México en dos tiempos*. Y las dos veces, hoy lo sabemos porque así lo señala el mito originario, y aquí lo leemos, quedó en el fondo esa pequeña cosa verde, informe, que se movía como con vida propia. Esa cosa verde era la *esperanza*. Como siempre en la historia, la caja se abrirá varias veces más. Entonces entenderemos la importancia de libros como éste que hoy nos convoca. Recordar cómo cerró la caja en los dos primeros tiempos será aleccionador.

Mi encuentro con Marco Antonio Cruz

Alberto del Castillo Troncoso*

Conocí a Marco Antonio Cruz en el mes de abril de 2013 y de inmediato le propuse un trabajo de cirugía mayor sobre su obra. Laboramos intensamente en su casa, en su oficina de la revista *Proceso*, en su archivo—en el poblado de Otumba—y en decenas de cafés, restaurantes y bares durante siete años. En me-

dio se nos atravesó una estancia de un año en Buenos Aires, que sólo incrementó mi interés por su trabajo y una gran retrospectiva sobre su trayectoria, la cual preparamos en septiembre de 2017 a seis manos con los investigadores Laura González y Alfonso Morales en el Centro de la Imagen de la Ciudad de México.

En todo ese tiempo me acerqué a su prodigioso universo fotográfico y construí un profundo lazo de amistad con el extraordinario ser

humano. Cuando después de mil vicisitudes salió publicado nuestro libro lo celebramos jubilosos en plena pandemia en un cafecito, La Selva, que está enfrente de su casa, por los rumbos del Estadio Azteca. Una semana después, un amigo común me dio la terrible noticia por teléfono: Marco acababa de morir durante un paseo en su bicicleta en pleno Jueves Santo. En un par de horas pasé de la negación a la tristeza más absoluta, que hoy perdura,

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.